

- FERNÁNDEZ TEJERO, Emilia, *El Cantar más bello, Cantar de los Cantares de Salomón*, Trotta, Madrid, 1994.
- GÁLVEZ, Alfonso, *Comentario al Cantar de los Cantares*, Vol. I, Shoreless Lake Press, New Jersey, 1994.
- FUCHS, E., *Deseo y ternura*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1995.
- ARIMINJON, Blaise, sj, *La Cantata del Amor, Lectura seguida del Cantar de los Cantares* Desclée de Brouwer, Bilbao, 1997.
- DE LA CARRERA, Nicolás, *Amor y erotismo en el Cantar de los Cantares*, Nueva Utopía, Madrid, 1997.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E., *Cantar de los Cantares, resonancias bíblicas*, Egia, Bilbao, 1997.
- Reseña Bíblica, *El Cantar de los cantares*, nº 22, Ed. Verbo Divino, Estella, 1999.
- CASIODORO DE REINA, *Cantar de los Cantares*, Versión de la Biblia del Oso en la biblia laica, Muchnik Editores, Barcelona, 1998.



UN SERVICIO PARA LA LITURGIA DOMINICAL

EXEGESIS de los textos litúrgicos
NOTAS para la preparación de las homilías
MONICIONES para la celebración

Solicite ejemplares gratuitos a:



DABAR
Paricio Frontiñán s/n
50004 ZARAGOZA
Tlno. y Fax: 976 439 635

TELÉFONO DEL EVANGELIO



976 445 566 - 976 445 555

**LLAMAR, ESCUCHAR (Grabación de 3 minutos) y
REFLEXIONAR**

(Precio de la llamada: coste normal)

¿Está Dios en contra de la felicidad?

II PARTE

Rev. Aragon. Teol. 12 (2000)

Ernesto Brotons

Jesucristo o Dionisos: Ante la crítica posmoderna y nietzscheana de Dios

2. Del Dios cristiano, «afirmación» gozosa de la vida, a la «afirmación» cristiana de la felicidad.

Ante la dura crítica de Nietzsche sólo nos queda un camino: volver la mirada a Dios, al Dios cristiano, tal como se nos revela en Jesús de Nazaret como garantía, gozo y prójimo del ser humano. La Historia de la Salvación nos revela quién es Dios para el hombre en su acción trinitaria y salvífica *ad extra*, y nos desvela, a su vez, un dinamismo vital interior que nada tiene que ver con el monótono-teísmo nietzscheano. La *monotonía* es sustituida por el gozo de la relación y de la vida trinitaria y amorosa de Dios, que «posibilita» su ser personal en gozosa libertad.

La felicidad y la paz que contagia Jesús brota de la experiencia inefable del que sabe Amado por el Padre. Esta certeza es inseparable en la vida de Jesús. Más aún, es una Presencia, una experiencia vital, gozosa e incesante que desemboca en una actitud de disponibilidad total y confiada hasta la entrega de la propia vida, con la esperanza y certeza de recobrarla (Jn 10,17).

Tanto la teología trinitaria de S. Agustín y de Ricardo de San Víctor, como los planteamientos actuales de Hans U. von Balthasar y Jürgen Moltmann, entre otros, nos han ayudado a contemplar, en la comunión libre, gozosa y proexistente de la Trinidad, al Dios Comunión que ama, se entrega y se regocija, y que desencadena una *buena-aventura* de amor que penetra en nuestra historia, desatando libertades, rescatando toda vida perdida e invitándonos gozosamente a participar en su comunión feliz de amor.

A la luz de la Historia de Amor Divino Revelada, a la luz del rostro de Jesús, podemos intuir en Dios, frente a todo estatismo o quietud, una eterna y gozosa historia de Amor, desbordante de vida y provocadora de encuentros. De ahí que «decir Dios» y «practicar a Dios» no pueda sernos indiferente vitalmente, ya que, ineludiblemente, conforma nuestra experiencia de la felicidad.

Dios es Bienaventurado, afirmaba Santo Tomás, y su bienaventuranza contiene toda felicidad humana¹.

¹ Cf. *Suma contra gentiles* I, 100; *Suma Teológica* I-II, q. 26, a. 4.

2.1 La Trinidad, una historia de Amor, desbordante de Vida.

A la luz de la experiencia filial y pneumática, singular y única, de Jesús de Nazaret, la Trinidad se nos desvela a sí misma como relación entre personas y no como una realidad impersonal de esencias y sustancias. Balthasar advierte que no podemos hablar de una esencia divina que haga derivar el proceso trinitario de sí. Es decir, el Padre engendra al Hijo, pero en cuanto que es Padre, un «alguien» y no una «sustancia impersonal» o un «algo»². Y esta *subjetividad* es igualmente válida respecto a la procesión del Espíritu. Padre, Hijo y Espíritu son *sujetos* de una eterna relación de Amor. No es de extrañar que Mühlen, en su *Una mystica persona* se refiera a las personas divinas con un lenguaje claramente dialógico y relacional: *yo, tú, nosotros*; lenguaje que, en Bruno Forte, cobrará matices entrañablemente humanos, de cuño agustiniano, al hablarnos del Amante, del Amado y del Amor.

Consiguientemente, hay que excluir en Dios toda lucha de contrarios hegeliana y todo monopoder opresor. Padre, Hijo y Espíritu despliegan su existencia y viven el uno para el otro, en absoluta gratuidad y en donación perfecta, donde la pluralidad en comunión de amor es fuente de vida y felicidad, por lo que su «historia intradivina de amor» posibilita y fundamenta toda historia humana.

Entonces, ¿no desaparece aquí la sombra amenazante y totalitaria de una quietud absoluta en Dios? ¿No se convierte la esencia de Dios en una realidad dinámica, gozosa y vital? La «lógica» de la Trinidad es una lógica de Amor, un continuo y recíproco darse y regocijarse, y, por tanto, una lógica de felicidad y de gozo. Lo que en la Palabra es visible del Padre no es más que el hontanar del amor en todas sus dimensiones divinas que espira, en ese encuentro amoroso, el abrazo y el aliento vivificante del Espíritu del Amor.

Por eso, en un paralelismo contrapuesto con los rasgos con los que Nietzsche quería describir el rostro de Dios, podemos contemplar:

En primer lugar, el gozo del Padre como origen de la Vida. Ni Dios es el producto resentido de nuestras proyecciones, ni el mundo ha sido creado por indigencia, para suplir el eterno aburrimiento de un Dios solitario. La creación no surge en el marco de la necesidad, es obra del Misterio de Amor y Felicidad Trinitaria. Creada mediante el Hijo, que es la Palabra, y en virtud del Espíritu de la Vida, la creación no sólo tiene sentido, sino que es fruto del Amor libre y gratuito de Dios, y de su abrazo de vida que la suscita, sostiene y culmina. Dios se goza en la creación, expresión de su dicha, y se implica en su felicidad.

Y Dios se implica hasta el final. En la encarnación del Hijo se revela el amor apasionado y sin límites de Dios. Frente a la amenaza del sinsentido, el amor de Dios abraza la vida humana, liberándola en un proyecto salvífico largamente acariciado y prometido. El Crucificado-Resucitado será la máxima expresión de la solidaridad trinitaria con lo humano. Cristo representa, así, una experiencia absolutamente nueva e inaudita de lo divino que ni Nietzsche, ni incluso la misma historia del cristianismo, ha

² Cf. Hans U. von BALTHASAR, *Teológica 2. Verdad de Dios, Encuentro*, Madrid 1997, 130ss.

sabido soportar al releer el Evangelio, en múltiples ocasiones, a la luz de los mitos que deformaban cruelmente el rostro de Dios. El dios sádico cede inexorablemente su puesto al Dios solidario.

Finalmente, frente al dios moralizante, incapaz de afrontar la existencia, tenemos que hablar del Espíritu de la Vida, expresión de la vitalidad de Dios, que desata la libertad del ser humano. El amor no se legisla ni se impone. Es la dinámica de vida del Espíritu dentro de nosotros que nos configura solidaria y vitalmente con Cristo, e invita a participar de la comunión trinitaria y el gozo de la vida divina. Dios se ofrece como Futuro de plenitud y gozo último y definitivo del ser humano y del Cosmos.

En consecuencia:

1. La Historia de Amor de Dios con la Humanidad y el Cosmos comienza «históricamente» con su creación y no con la primera caída. Lo primero es la Vida, el gozo y el amor fundante, la querencia que nos religa a Dios como nuestro origen, fundamento y destino. El pecado y el fracaso no son realidades primigenias, y no pueden convertirse en el núcleo primero de nuestra predicación y pastoral. Sólo en un segundo momento podemos hablar de pecado y de misericordia, porque el perdón que no brota del amor humilla.

2. En el origen, entonces, no está el resentimiento, ni la necesidad, sino la gratuitidad del amor y la afirmación de la vida y el gozo desatador de libertades y encuentros. El dique ante Dios ya no es necesario. La intolerancia, el monopoder, el desprecio y la huida del mundo quedan deslegitimados. Más aún, el mundo deviene en sacramento plural del Creador, y toda alegría y felicidad humana cobra un cariz sacramental que expresa y anticipa la plenitud prometida y anhelada en Cristo. El sí creador a la vida suscita una historia de libertad entre Dios y el hombre, que deviene en misterio de solidaridad y comunión con lo humano y el Cosmos.

3. Con todo, no ha faltado quien ha cargado a la cuenta del Dios judeocristiano el drama medioambiental que hoy padecemos³. Si a la teología moral le corresponde subrayar nuestra responsabilidad ética ante el mundo, la antropología teológica y la teología de la creación, e, incluso, la misma teología trinitaria tienen hoy el reto de mostrar al mundo el aprecio de Dios por lo creado. Y puede ser un camino interesante, contemplarlo no sólo como fruto de la omnipotencia creadora de Dios, sino como felicidad de Dios, que al crear se da y se entrega apasionadamente. No hay comunión con Dios, ni felicidad posible, sin gozo y comunión con lo creado. Como sucede con la felicidad, es necesario recuperar teológica y prácticamente las relaciones íntimas y nada anecdóticas entre ecología y experiencia vital de Dios, ahondando, incluso, en una relectura trinitaria de la ecología. La unión íntima entre creación, redención y recapitulación de todas las cosas en Cristo, e inhabitación desvela, a la luz del Misterio Trinitario de Dios, el papel crucial, sacramental y vital de todo lo creado en la Historia Gozosa de la Salvación.

³ Cf. Linn White, «The Historical Roots of our Ecological Crisis»: *Sciences* 155 (1967) 1203-1207.

4. La felicidad, por tanto, no puede ser un tema tabú para los cristianos porque pertenece al mismo Misterio de Dios. No es una mera anécdota, pertenece a la esencia del cristianismo y a su experiencia de Dios siempre nueva y sorprendente. Ciertamente, la exuberancia vital del Dios Trinitario tiene poco que ver con el monótono-teísmo criticado por Nietzsche. Frente al Dios celoso del hombre, frente al Dios que pone precio a su amor, se nos ha revelado el Dios que ama gratuita y apasionadamente al ser humano y se goza, sin sustituirle, en sus triunfos. El ser humano no tiene por qué robarle el fuego, Él ya se lo ha entregado desde el principio.

2.2 La felicidad, *vestigium trinitatis*.

Si la contemplación del mundo y de los pequeños gozos de la Humanidad pueden ser un camino para conocer y contemplar a Dios, la contemplación de la Trinidad puede ser también el camino para ahondar en la realidad y en la misma felicidad a la que aspira el ser humano, con todas sus implicaciones humanas y sociales.

Más aún, si nuestra vida, nuestra historia comunitaria, y, a la vez, personal y concreta, es la historia del Amor Trinitario con los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar, ¿no cabría intuir una lógica trinitaria, si se puede hablar de tal, en la misma comprensión de la felicidad humana?. La praxis histórico-salvífica de Dios, expresión de su vida interna, ¿no podría ayudarnos a comprender la felicidad?.

En este apartado, pretendo presentar cómo la *Historia de Amor Trinitaria* configura una visión de la felicidad entrañablemente humana. Late tras esta historia la cuestión central del *sentido de la vida*. Una pregunta normalmente soslayada por el pensamiento nietzscheano y posmoderno, que no cree en sentidos globales de la historia. Pero aquí, el sentido no es un algo, sino un Alguien. Envuelta en la ternura del amor trinitario, la vida nos va revelando su sentido, origen, fundamento y destino. Envuelta en el amor y en el gozo trinitario, la vida descubre ante sí un horizonte de esperanza en el Dios que se promete a sí mismo y que sostiene nuestra vida cotidiana llenándola ya de su gozo y felicidad. Desde Él, quiero describir algunos de los rasgos y raíces profundamente humanas, y, por eso divinas, de la felicidad.

a) *Del Padre, origen gozoso de la Vida al «sí» a la vida como don. Aceptación de la creaturidad.*

Comparto con Nietzsche la necesidad de saber decir *sí* a la vida. Nietzsche advirtió cómo el *no* a la vida lleva en sí mismo semillas de nihilismo que dan lugar a un modelo de persona huérfano de ilusiones.

La *New Age* nos ha recordado lo que Hans Küng formuló ya en su *¿Existe Dios?*, la necesidad de la *confianza radical* en la realidad como medio y alternativa al nihilismo⁴. La misma vida reclama una toma de postura que, indudablemente, va a condicionar mi felicidad, porque va a envolver, impregnar y configurar todas mis experiencias.

⁴ Cf. Hans KÜNG, *¿Existe Dios?*, Cristiandad, Madrid 41979, 579.

Esta opción puede ser previa a una decisión específicamente cristiana, que, incluso, podría llegar a no darse nunca. Sin embargo, podemos advertir cómo la confianza radical en la realidad, en la vida, en mi vida, está íntimamente unida a mi aceptación de mi propia verdad como divinamente regalada por quien es la Fuente de la Vida.

Ciertamente, la experiencia gozosa del sentirse *creatura*, amada y querida de forma asombrosamente libre y gratuita, el sentirse *alguien* para Dios, desemboca en la gozosa y necesaria, pero no siempre fácil, aceptación de mí mismo, de mi realidad, de mi aquí y mi ahora⁵. A veces, es más fácil aceptar el mundo y a otras personas que aceptarnos y querernos a nosotros mismos. En muchas ocasiones, la imaginación, el deseo, el temor, la comparación nos alejan de nosotros mismos y nos orientan hacia imposibles que desembocan en la frustración y en la depresión. Más aún, se ha confundido tantas veces autoestima con narcisismo y egoísmo que se ha canonizado todo lo que supone rigorismo, ascetismo, y negación de sí, olvidando, ciertamente, que el ser humano es una manifestación irrepetible de lo divino. Entre perfeccionismos y derrotismos existen, por desgracia, muchas formas religiosas de hacerse uno «violencia». No en vano, nuestra espiritualidad y nuestra moral han olvidado, durante mucho tiempo, que «el panascetismo es tan peligroso como el panhedonismo»⁶.

Por otra parte, la experiencia de acogerme y aceptarme en mi finitud y creaturidad deviene inexorablemente en solidaridad, acogida y aceptación de lo creado. Nietzsche, con su doctrina del *eterno retorno* radicalizó, como hemos visto, esta aceptación del momento hasta anhelar gozarse en su eterna repetición. No pretendo llegar a tanto. Conformarnos con el presente nos ahogaría en la presunción del haberlo conseguido todo. No se trata, por tanto, ni de conformarnos a él, ni de negarlo, sino, en primer lugar, de amarlo. El amor al mundo, expresado en un primer momento como valoración de mi *aquí* y de mi *ahora*, amor al lugar y al tiempo que nos ha sido regalado, es indispensable para la felicidad. En palabras de González de Cardedal, «en el origen de las actitudes que pueden engendrar la felicidad y el gozo por vivir, están dos palabras que me parecen esenciales en una comprensión cristiana de la existencia: el *consentimiento* y la *querencia* frente al *resentimiento* y la *sospecha*»⁷.

La doctrina del *contemptus mundi* puede desembocar en la infelicidad ya que la realidad misma está cerrada para la desconfianza radical. Ante el no rotundo a la realidad, ésta se cierra en sí misma y esconde todo su valor.

La felicidad requiere de una *confianza radical*, que no ingenua, en la vida que deviene en la aceptación realista y creativa de la existencia. Ésta es vital y feliz cuando se ve afirmada y aceptada. Sólo desde el amor a la vida, y desde la experiencia de sentirse amado en la vida es posible hablar de esperanza y de felicidad.

⁵ «Existe la rebelión ante el tener que ser uno mismo: ¿Por qué tengo que serlo, entonces? ¿He pedido ser?». Existe la sensación de que ya no vale la pena ser uno mismo: ¿Qué saco con eso? Me aburro a mí mismo.» Romano Guardini, *La aceptación de sí mismo*, Guadarrama, Madrid 1964, 24.

⁶ Anselm GRÜN, *Portarse bien con uno mismo*, Sígueme, Salamanca 1997, 38.

⁷ O. GONZÁLEZ, *Raíz de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1996, 396.

Con todo, amar la realidad no significa negar su problematicidad. No es difícil padecer los poderes que niegan la vida, pero también asistimos al milagro de las fuerzas e ilusiones que la afirman. Don y tarea, la confianza radical nos exige tanto un *sí* continuado y constante como la denuncia y la acción provocativa y transformadora a favor de la vida.

b) De la proexistencia de Jesús, el Hijo, al «sí» a la vida humana como sentido, proyecto y tarea.

Viktor Frankl dio un énfasis especial a las palabras de Nietzsche «Quien tiene algo *por qué* vivir, es capaz de soportar cualquier *cómo*». Desde su dura experiencia en los campos de concentración, pudo constatar cómo aquel que no viera ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad en vivirla, estaba perdido. Por ello, proponía un cambio radical en nuestra actitud ante la vida: «Tenemos que aprender por nosotros mismos y, después, enseñar a los desesperados, que *en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros*»⁸. La experiencia del sentirse amado ilumina, por otra parte, la pregunta por el sentido de la vida y por lo que ésta espera de nosotros. El Dios que *crea* en nosotros, *crea* también con nosotros. Si creación y redención están íntimamente unidos en la Historia Salvífica, la experiencia de la filiación y de la misión van de la mano. Identidad y misión constituyen las raíces de la felicidad.

Por el contrario, la tentación del limbo o la negación de todo horizonte deviene en una vida dispersa y perdida. Se sobrevive, pero no se vive. La felicidad, como ha subrayado Julián Marías, está en relación con la *fidelidad creadora* de la vida, y por eso, podemos hablar de proyecto, instalación vectorial, dinamismo, vocación, opción fundamental. El hombre está llamado a realizarse y, en cuanto es proyecto, es un ser constitutivamente beatificable⁹.

Es cierto que no todo vale igual. Tras nuestras opciones y proyectos late una antropología y una teología. Por eso, frente a un subjetivismo absoluto, frente al individualismo radical, la Buena Noticia de Jesús, el proyecto vital y solidario del Reino impulsa la *búsqueda de lo más humano*, desenmascarando aquellos proyectos deshumanizadores que encierran al hombre en su finitud porque son opresores de lo humano, y potencia todos aquellos que son creadores de encuentros, justicia, vida y fraternidad. Y es que sin amor, sin encuentro, sin apertura a los demás, no hay felicidad posible.

c) La inhabitación del Espíritu en lo creado. La posibilidad de acariciar la Totalidad en el Fragmento.

Por el Espíritu, podemos afirmar que la Trinidad mora y habita en lo creado. El Espíritu hace el universo transparente para la Trinidad. Él penetra toda realidad histó-

⁸ Cf. Viktor FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1987, 78ss.

⁹ Cf. Xavier ZUBIRI, *Sobre el hombre*, Alianza, Madrid 1986, 391ss.

rica (Jn 2,28; Hch 2,16), inundando nuestros corazones (Rom 5,5) y llevando la simiente de la liberación y de la Felicidad que el Hijo, enviado por el Padre, nos ha traído.

La misma secuencia de Pentecostés nos describe la acción del Espíritu como una acción experiencialmente soteriológica y gozosa. En cuanto Espíritu de Vida riega lo que es árido, cura lo que está enfermo, calienta lo que es frío, sumerge, en definitiva, todo lo creado en la dinámica de Dios.

Así, el Espíritu es sentido y experimentado como el acompañamiento vital de Dios¹⁰ que configura nuestros deseos con los suyos, empujando y animando la creación hacia su plenitud. Por ello, es posibilidad de saborear ya aquí el gozo y la plenitud de Dios en las cosas pequeñas y sencillas de la vida, y descubrir la cercanía inefable y amorosa de Dios, muchas veces callada y silenciosa, en la vida cotidiana, con sus sinsabores, y con sus pequeñas y sencillas alegrías.

Por la acción del Espíritu lo sublime puede encarnarse en lo cotidiano, y lo cotidiano ser elevado a lo sublime, vinculando realidad y sueño en nuestro *ser proyectado hacia*. El sueño profético, el ideal y la realidad se necesitan y se implican. Sin aceptación de la realidad, el sueño deviene en acusación y falacia. Sin sueño, la realidad se empobrece, se anquilosa en su finitud y se vuelve insoportable.

El Espíritu abraza, de esta forma, la creación y la historia y la hace sacramento hermoso y gozoso del Dios de la Vida. Lo más simple y cotidiano puede convertirse en caricia del Amor Sublime de Dios. Por el Espíritu, la Totalidad tiene cabida en el fragmento.

En consecuencia:

1. Iluminando la realidad desde la experiencia en el Dios creador, que abraza e inhabita con su Espíritu todo lo creado, la caricia de la felicidad es posible *en, bajo y con* cada experiencia vital y cotidiana del mundo: la experiencia del tú, de la comunidad, la naturaleza, y un largo etcétera. De nuevo, una piedad, una teología y una pastoral de la huida de este valle de lágrimas, no tienen sentido. La pequeña felicidad de esta vida es sacramento de la felicidad y salvación definitiva y, por ello, no carece de valor. Tendemos a buscar la felicidad en lo extraordinario y nos sorprende allí, a nuestro lado, en lo cotidiano y lo sencillo. En esta vida hay momentos de felicidad verdadera, de alegría sincera, de amor transparente: la amistad gozosamente disfrutada y compartida, el amor, una sonrisa, el gesto solidario de un compañero de trabajo, la solidaridad en la lucha por un mundo más humano... Cada una de ellas forma parte de ese secreto insondable de la cercanía silenciosa y amorosa de Dios, *interior íntimo meo*, a quien podemos contemplar y gozar en cada momento vivido; cada una de ellas esconde en sus entrañas un hálito de plenitud que posibilita el salto a lo *In-finito*.

2. Por ello, el Espíritu nos abre a la posibilidad *posmoderna* de saborear la Totalidad en el fragmento. Desde mi punto de vista, se abre aquí un sugerente camino

¹⁰ Cf. Jürgen Moltmann, *El Espíritu de la Vida*, Sígueme, Salamanca 1998.

para la reflexión teológica, y la pneumatología, y para un diálogo evangelizador con la posmodernidad. En la posmoderna valoración del fragmento y de lo pequeño podemos contemplar, como ya lo ha hecho en múltiples ocasiones nuestra mística la cercanía y empatía inefable y amorosa de Dios. El *panenteísmo* de la *New Age* apuntan en esta dirección. Dejo el tema planteado.

3. De ahí, la llamada a reconciliarnos con el *deseo*. El Espíritu alienta y purifica nuestros deseos y nuestras pequeñas pero vitales alegrías humanas, impulsándolas hacia su plenitud. De nuevo, el Espíritu nos asoma a las entrañas del eterno Deseo de Vida de Dios que contempla de forma liberadora y amorosa los deseos del hombre, convirtiendo el deseo en una senda hacia la vida, hacia lo humano, hacia Dios.

2.3 En la lógica del amor.

Al contemplar la felicidad humana como *vestigium trinitatis*, nos movemos necesariamente en *la lógica del amor*. El sello de la Comunión Gozosa del Dios Trino nos revela que el amor es componente esencial de la felicidad, fuente de gozo y albor de salvación. Donde falta, surgen los fantasmas de la aflicción, de la desesperación o del hastío.

Por eso, la felicidad brota de los encuentros que nos llevan más allá de nosotros mismos. Teilhard de Chardin distinguía tres momentos de la personalización, gracias a los cuales podía «sentirse realmente vivo»: centrarse en uno mismo, descenderse en el amor y sobrecentrarse más allá de uno mismo. Con otras palabras: ser, amar y adorar¹¹.

5. La felicidad pertenece, de esta forma, al Misterio del Amor y de la Vida. No se puede comprar ni vender, ni siquiera buscar por sí misma. También es difícil definirla, describirla, o decir «está aquí o está allá». Más bien, hay que descubrirla, dejarnos sorprender por ella a lo largo del camino de la vida. Es un don que no podemos conquistar, pero un don que, como tarea, brota como caricia de una vida entrañablemente humana, como consecuencia del doble rostro del amor, que nos convierte en *amados* y *amantes*, como fruto de la experiencia plenamente humana del que sabe amado, querido, aceptado y descubre un sentido nuevo para su vida, solidario, humanizador, fraterno.

Pertenece al Misterio y apunta al Misterio, buscando una plenitud definitiva que, como don, y no como conquista, haga de ella un *posible necesario*. Y es aquí donde la fe en el Dios de Jesucristo Resucitado, el Dios de la Vida ofrece su aportación decisiva.

2.4 La cuestión insoslayable del sufrimiento.

En realidad, el problema del dolor constituye la segunda gran cuestión en juego tras la crítica nietzscheana a la eudaimonía cristiana. Es cierto que al cristianismo

¹¹ Cf. Pierre TEILHARD DE CHARDIN, *Sobre el amor y la felicidad*, PPC, Madrid 1997, 73ss.

se nos ha podido achacar que hemos corrompido el gozo existencial, sacralizando el dolor y el sufrimiento. Ya hemos hablado de ello. Sin embargo, la resignación predicada por Nietzsche, el pretender ignorar o eludir su existencia, o, simplemente, el desprecio del débil no son respuestas que afirmen la vida, precisamente. Por querer afirmarla, el cristianismo también ha tenido el mérito, no siempre fácil, y, en ocasiones, deformado y caricaturizado, de recordar a nuestra sociedad que en el mundo también existe la tristeza y el dolor. La indignación ante la injusticia brota del amor a la vida. Sólo desde una auténtica pasión por la vida, el dolor puede ser radicalmente cuestionado y la vida afirmada.

En consecuencia:

1. No hay felicidad humana posible que pueda acomodarse *al margen de*. Por eso, la felicidad para el cristiano es paradójica, porque no puede dejar atrás a los crucificados de la historia, porque conlleva asumir la causa del Crucificado-Resucitado. El cristianismo no puede renegar de la felicidad humana, pero recuerda una condición que brota del mismo Misterio de la felicidad: no hay felicidad *sín* los demás, ni *contra* los demás. No hay felicidad cerrando los ojos a la mirada del pobre. Más aún, asumiendo toda la dinámica pascual, en toda su riqueza, podemos afirmar que el secreto de la felicidad en la fuerza y en la esperanza inquebrantable del amor entregado por los demás.

2. No podemos, por tanto, celebrar la fiesta de la vida de espaldas a la historia de la pasión del mundo. Es cierto que ante la dura experiencia del fracaso, de la impotencia del amor, en muchas ocasiones, puede resultar lo más fácil. Pero, con todo, el Evangelio nunca mira con pesimismo al ser humano. Y en clave profética sigue interpelando, denunciando, animando, aportando un último sentido, una última esperanza en el Dios amigo de la vida, que pese a Nietzsche, camina al lado de la Humanidad sufriente, animando la lucha por la vida del hombre, porque el amor siempre será más fuerte que la muerte.

2.5 La Salvación dice «felicidad».

«Jamás le fue concedido al hombre lograr al mismo tiempo su felicidad y su salvación». Con esta severa afirmación planteábamos en la introducción un problema que está de fondo en la relación *Dios cristiano-felicidad*. En una cultura caracterizada por la crítica a las grandes palabras, a las utopías, a los salvadores, no parece evidente ni la necesidad, ni la conveniencia de la salvación. Más aún, un lenguaje opaco de la misma y una radical escatologización de ésta reducen y privatizan sus efectos, llegando, como hemos visto, a deformar la imagen de Dios.

Pero, por otra parte, hemos podido constatar la necesidad de esta salvación. Y la necesidad, por consiguiente, de que sea algo experiencial, que toque ya nuestras vidas, aunque sepamos que su plenitud es don escatológico, que incluya todo aquello que podemos saborear ya como salvífico, liberador, regalo de Dios.

Por ello, creo que es necesario vincular íntimamente felicidad y salvación; y hablar de la salvación como felicidad, y viceversa, en ese intento de superar un len-

guaje oscuro y antieudemonista sobre la redención. Ambas se entretajan en su doble dimensión liberadora y divinizadora. Desde la omnipotencia en el amor, en sencillez y en kénosis, el Dios de la Vida se implica de tal manera en la felicidad humana que ésta deja de ser un imposible necesario porque su Amor es más fuerte que el dolor, la muerte, y el mismo pecado del hombre. Ninguna de ellas, ni el dolor, ni la muerte, ni el pecado tuvieron nunca la primera palabra, ni tendrán la última.

Dios mismo, Origen y Fundamento de la Vida, se presenta como el Destino y el Futuro Último de todo lo creado. La Bienaventuranza, despojada de toda concepción estática o noética, toma de esta forma el Rostro de Dios que nos sumerge en su dinamismo de vida llevando a plenitud nuestra existencia, nuestras ansias y esperanzas, nuestras pequeñas alegrías e ilusiones. Más aún, nuestro gozo será necesariamente gozo también de la Humanidad y del Cosmos en la plenitud del abrazo con Aquel que se ha hecho don de sí mismo.

Por eso, en esperanza, es tensándose hacia la *Felicidad* como se saborean las felicidades. *Salvación* dice *felicidad* porque abarca todo el proceso humano, en la línea del amor y de la vida: libertad, dinamismo, creatividad, solidaridad, fraternidad. Es liberación, y plenitud de vida y gozo anticipada en este mundo, y gozada en el Encuentro con Aquel que es el auténtico contenido de la Promesa. La *conversión* a Dios no consiste en optar por una vida desdichada y fastidiosa en espera de gozar de la beatitud futura; sino en la posibilidad de orientar nuestra vida y nuestra libertad a una existencia más plena, más humana, más feliz, una existencia que hunde sus raíces en el Misterio Salvífico del Amor de Dios, nuestro Origen, Fundamento y Destino. La experiencia cristiana de quien se siente salvado nos invita, en definitiva, a sumergirnos profundamente en el arte de vivir descubriendo, incluso, la semilla de vida y esperanza que, como un rescoldo, está escondida en medio del dolor.

Salvación, pues, dice *felicidad*. Cuando se distancian, aquélla deviene en lejanía infinita, mientras que la felicidad degenera en una moneda al alcance de la mano¹².

3. Conclusión. Hacia una experiencia eclesial del gozo.

Desgraciadamente, es muy raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. La acusación de Nietzsche es, con frecuencia, cierta: No tenemos aire de salvados¹³, incluso, parecemos encadenados más que liberados por Dios. Recuperar, entonces, el dinamismo vital y plural del Dios trinitario constituye una tarea urgente no sólo para la teología, sino para el ser y la praxis de la Iglesia. El cristianismo está tocado de muerte si no es una religión de la creatividad libre y del gozo. El hombre y la mujer de hoy sólo se interesarán realmente por Dios si intuyen que es fuente de felicidad. Por eso, no saber presentar a Dios como amigo de la vida puede constituir uno de nuestros principales fracasos. Y el caso de Dios en la vida del hombre, como hemos visto, no produce sólo la muerte de una religión, sino del *sentido* que le ha dado a su existencia.

¹² Cf. Gisbert GRESHAKE, *Felicidad y Salvación*, S.M., Madrid 1986.

¹³ Así habló Zaratustra II, «De los sacerdotes».